

Marcelo Dascal, *Interpretation and Understanding*, John Benjamins, Amsterdam/Filadelfia, 2003, xxii + 714 pp.

*Interpretation and Understanding* es una muy voluminosa recopilación de artículos de Marcelo Dascal (714 páginas), organizados en 30 capítulos. Los ensayos se agrupan en tres grandes partes. La primera, “Theorizing”, recoge los trabajos que versan más directamente sobre cuestiones fundacionales de lo que él denomina “sociopragmática”, el estudio del lenguaje en la comunicación (frente a la “psicopragmática”, que trataría de los usos del lenguaje en relación con el pensamiento individual). La segunda parte, “Applying”, es, en realidad, más que una aplicación estricta de las ideas de la primera parte, una miscelánea de artículos sobre temas muy variados. Lo que los une es un interés por el papel de la interpretación en las más variadas áreas de nuestra vida. Por último, la tercera parte, “Meeting the Alternatives”, reúne artículos orientados, en principio, a comparar y a defender el marco general presentado en la primera parte frente a diversos enfoques alternativos.

Dada la enorme diversidad de temas que son tratados en el libro, éste interesará, sin duda, a un gran número de estudiosos. En lo que sigue me permitiré realizar un par de advertencias a posibles lectores desprevenidos, para luego dar una interpretación (en algún sentido de la palabra “interpretación”) global y crítica del libro.

En primer lugar, teniendo en cuenta lo voluminoso del libro, y la amplitud de los intereses del autor, no parece que la utilidad principal de la obra pueda obtenerse leyéndolo de cabo a rabo. Todos los capítulos poseen títulos suficientemente orientadores, y son suficientemente autocontenidos, para que los interesados en alguno de los temas puedan usarlo de un modo selectivo. He aquí una lista, no exhaustiva, de temas tratados: la delimitación de la pragmática, la noción de pertinencia, el papel del contexto en la interpretación, digresiones, metáforas, pragmática y literatura, controversias, malentendidos, pragmática y ley, chistes y sueños, arte, inteligencia artificial, tolerancia, otras culturas, actos de habla, la estructura de la conversación, retórica, pragmática y hermenéutica, los límites de la interpretación, entre otros.

En segundo lugar, se debe señalar que los artículos son de fechas bastante distintas y distantes (la mayoría fueron escritos en los años ochenta y noventa del siglo XX), y eso debe ser tenido en cuenta por parte de aquellos que se acerquen a esta obra esperando encontrar reflejadas las polémicas más actuales en el campo de la pragmática

filosófica. Por poner un ejemplo muy radical, el capítulo 2, titulado “Conversational Relevance”, versa sobre la noción, introducida por Paul Grice, de pertinencia. Pero la fecha de su elaboración es 1977, una década antes de que apareciese la influyente teoría de la pertinencia de Dan Sperber y Deirdre Wilson. Un ejemplo más importante tiene que ver con su defensa del significado literal (en contra del “contextualismo”), un tema muy candente en los últimos años, pero con respecto al cual Dascal no discute con los principales protagonistas actuales del debate, puesto que sus artículos son de fechas bastante anteriores. Eso no quiere decir que esos textos carezcan de interés. Me parece que Dascal los incluye porque en ellos se introducen nociones o distinciones que considera importantes y aclaratorias, por ejemplo, en el caso de su trabajo sobre la pertinencia, la noción de “demanda conversacional”.

Como es imposible resumir los contenidos del libro, en lugar de intentarlo voy a dar una interpretación global del mismo, que no coincide con la de su autor, lo cual manifiesta por sí mismo la complejidad del tema de la interpretación. En el prólogo, el propio Dascal se lanza a ofrecer una interpretación “externa” del conjunto de artículos, por encima de las intenciones que hayan podido presidir la redacción de cada trabajo particular. Según él, en el momento de juntar los escritos le pareció que revelaban una unidad no prevista por él, un “programa de investigación en evolución” (p. xi). Dascal no explica a renglón seguido en qué consistiría la unidad de ese programa, lo cual es para mí desconcertante, ya que tiendo a interpretar el libro más bien como presidido por una tensión sin resolver. Y creo que en esa tensión reside el interés principal de la obra, lo que justifica que a un lector con tiempo pueda merecerle la pena leerlo desde el principio hasta el final. Intentaré desplegar con detalle esta interpretación.

La tensión se produce entre los que, a mi modo de ver, son los dos principales objetivos que se persiguen en el libro. Por una parte está el objetivo consciente de realizar una defensa que me atrevería a calificar de “ultraortodoxa” de las ideas de Paul Grice acerca del significado y de la comunicación. En ese sentido, el libro hace aportaciones importantes al aclarar algunos aspectos del proyecto griceano, en una línea que respeta escrupulosamente el espíritu de las ideas originales de Grice. Tal vez la parte más original y controvertida de su defensa de Grice tenga que ver con la utilización de las ideas de este autor para argumentar a favor de cierta manera de demarcar el campo de la pragmática. La idea básica consiste en dejar de considerar esta demarcación en términos vagos (el estudio del “uso” del

lenguaje, por ejemplo) o residuales (lo que no es sintaxis ni semántica), y pasar a considerar que el ámbito de la pragmática es el del estudio de las intenciones comunicativas, tanto en lo que respecta a la presencia de tales estados mentales en el emisor y a sus estrategias para comunicarlás, como en lo que respecta a la detección de los mismos por parte de una audiencia y a sus estrategias de comprensión. La idea me parece controvertida por la siguiente razón: deja fuera de juego a todo aquel que proyecte su principal vocación teórica en el estudio del “uso” del lenguaje, pero que no conciba ese “uso” en términos griceanos ortodoxos. Tal y como yo veo la cuestión, un paradigma teórico, por exitoso o prometedor que sea, no debería utilizarse para definir un ámbito en el que, con toda seguridad, existen, o puede esperarse que surjan, paradigmas alternativos. La etiqueta “sociopragmática” me parece todavía más controvertida, por usurpatoria. En efecto, muchos antigriceanos lo son, me parece, porque detectan en Grice un excesivo individualismo, al concentrarse en las intenciones comunicativas individuales del emisor y renunciar a una visión auténticamente dialógica, o auténticamente sociológica, de la comunicación verbal. Dicho de otro modo, me parece que el marco griceano no pone suficiente énfasis en lo social como para merecer quedarse con el nombre de “sociopragmática”.

El segundo objetivo del libro consiste, sobre el papel, en demostrar la fortaleza del marco griceano, aplicándolo a una amplísima diversidad de problemas, y defendiéndolo frente a maneras alternativas de entender el fenómeno de la interpretación. Pero las cosas no suceden exactamente de ese modo. En la segunda parte, muchos de los temas abordados se tratan utilizando de un modo ecléctico todo tipo de herramientas distintas de las griceanas, con lo cual (según su propio criterio de demarcación) no parece que el autor esté haciendo siempre “sociopragmática” en su sentido restringido. Daré sólo un par de ejemplos. En el capítulo dedicado a las metáforas (cap. II: “Understanding a Metaphor”), Dascal no aplica en ningún momento el marco griceano, o algún desarrollo “neogriceano”, como podría ser la teoría de la metáfora de John R. Searle, sino ideas cercanas a las de George Lakoff. Pero en el conocido libro de George Lakoff y Mark Johnson, *Metaphors We Live By*, los autores se muestran afines a una tradición muy diferente (citan su deuda con Edward Sapir, B.L. Whorf, Claude Lévi-Strauss, Paul Ricœur, etc., y su falta de sintonía con la tradición analítica); y, en efecto, en el artículo de Dascal no se aprecia ni la menor huella de Grice o incluso de ideas que se pudieran asemejar a las de Grice, con lo cual no se ve en qué sentido, incluso

laxo, podemos estar ante una aplicación de las ideas contenidas en la primera parte del libro. Algo parecido puede decirse del capítulo 21, “Understanding Other Cultures”, en el que Dascal adopta una postura cercana al relativismo cultural, sin plantearse siquiera la posibilidad de que en el ámbito de la interpretación intercultural puedan funcionar los procesos normales de reconocimiento de intenciones comunicativas. Y ésta es la tónica general de la segunda parte del libro, con lo cual no me parece que merezca llamarse “Aplicaciones”.

La tensión entre los dos polos del libro, la ortodoxia griceana por un lado, y la heterodoxia y el eclecticismo en el análisis de la mayor parte de los fenómenos y problemas concretos abordados por el otro, se acentúa en la tercera parte, y se resuelve de un modo muy curioso —y, a mi modo de ver, interesantísimo— en la última parte (de hecho, en el último capítulo). Después de discutir varias formas alternativas de concebir la interpretación, Dascal reconoce que, dado lo complejo del fenómeno, ningún modelo imperialista que pretenda explicarlo en su totalidad (incluido el griceano) podrá tener más que un éxito relativo. Así, por ejemplo, el modelo que él llama “hermenéutico”, que no se centra en las intenciones del emisor, sino en los recursos interpretativos del intérprete, puede aplicarse mejor en algunos casos, o para comprender algunos aspectos del proceso global. En el último capítulo, titulado “The Limits of Interpretation”, Dascal defiende ahora un modelo ecléctico y pluralista de la interpretación, que integre los resultados de diversos modelos que empleen herramientas conceptuales muy diversas, y que rechace cualquier forma de imperialismo o reduccionismo en el abordaje del tema de la interpretación. Uno se pregunta entonces si no se han quebrado las vallas que fueron utilizadas para demarcar la “sociopragmática” en el primer capítulo. En cualquier caso, este enfoque ecléctico con el que acaba el libro me parece mucho más razonable que el enfoque ultragriceano con el que se abría. El argumento lo proporciona el propio Dascal de un modo muy lúcido:

Ese cuadro corresponde a la trivial observación de que la conducta humana es extraordinariamente compleja y es el resultado de una multiplicidad de causas y razones. De acuerdo con eso, cualquier intento reduccionista de interpretar la conducta humana en términos de una única causa o de privilegiar una clase de causas a expensas de las demás está condenado al fracaso. (p. 654; la traducción es mía.)

Hasta aquí lo esencial de mi “interpretación” global del libro de Dascal. Mi principal fuente de perplejidad proviene de la duda acerca de si hacer más caso a su “propaganda” griceana o a su conciliador y flexible eclecticismo. Tal vez podríamos hacer un intento de “síntesis caritativa” del siguiente modo: Dascal cree que el marco griceano nos ofrece las herramientas más poderosas con las que contamos para abordar el fenómeno de la interpretación, pero allí donde éstas se muestran insuficientes, está dispuesto a emplear cualquier otra herramienta que resulte útil.

Un fenómeno importante que, a mi entender, no logra encontrar un lugar cómodo en el libro es el de la *fuerza ilocucionaria*. En la primera parte, Dascal hace una división del proceso de interpretación en varias fases (no necesariamente sucesivas), según un modelo del significado que lo concibe como una especie de “cebolla”, con varias capas o estratos superpuestos. Esta estratificación se realiza de un modo más o menos griceano, distinguiendo el significado de la oración, el significado de la emisión y el significado del hablante. Y ubica el estudio de las fuerzas ilocucionarias dentro de la semántica, como parte del significado de la emisión, el cual surge de “rellenar los huecos” en el significado oracional, apoyándose en determinados rasgos del contexto. Esto me parece implausible, o más bien insuficiente, para dar cuenta de todos los casos de interpretación ilocucionaria. Supongamos que un oficial les dice a sus soldados: “Avancen en aquella dirección.” Dada la diferencia de rangos, habrá que tomar esto como una *orden*. Pero parece erróneo afirmar que lo que lo hace una orden es algo de tipo semántico (incluso en un sentido muy amplio y enriquecido de lo semántico). De hecho, tampoco parece que sea algo derivado sólo de las intenciones del emisor. Imaginemos que las cosas van mal y el oficial se enfrenta a un tribunal de guerra. Creo que no podría alegar cosas como: “Sólo intenté sugerirles que avanzasen, nunca pretendí ordenárselo.” El juez decidiría que sus palabras, teniendo en cuenta quién era y en qué contexto dijo lo que dijo, sólo podían interpretarse como una orden, con bastante independencia de sus intenciones comunicativas. Esto, a mi modo de ver, es “socio-pragmática” en un sentido muy diferente del definido por Dascal en la primera parte. Aquí se ve de nuevo la tensión ya mencionada. Si Dascal optase realmente por el eclecticismo, distinguiría estratos de interpretación adicionales, en los que el papel de lo social cobraría una auténtica relevancia. La “interpretación ilocucionaria” parece rebasar el marco griceano en casos como éste, en los que parece que prevalecen criterios públicos e intersubjetivos de interpretación, que

sobrepasan claramente el mero rellenado de huecos semánticos, y el mero reconocimiento de intenciones comunicativas del emisor.

En definitiva, me parece que el libro de Dascal se debate entre adherirse a un marco teórico potente (el griceano), pero que no consigue abarcar el fenómeno de la interpretación en toda su complejidad, y un modelo ecléctico que nos arroja de nuevo a una visión de la “sociopragmática” menos rigurosamente delimitada, pero más efectiva a la hora de enfrentarnos con fenómenos reales o con problemas concretos. En mostrarnos las dificultades de esta dialéctica sin resolver, en esa tal vez no premeditada invitación a seguir pensando sobre el escurridizo fenómeno de la interpretación, sin dar por sentado que ya contamos con todas las claves para abordar la empresa, reside el valor más alto del libro de Marcelo Dascal. Al menos, tal y como yo lo interpreto.<sup>1</sup>

ANTONIO BLANCO SALGUEIRO  
Facultad de Filosofía  
Universidad Complutense de Madrid  
ablancos@filos.ucm.es

Jason Stanley, *Knowledge and Practical Interests*, Clarendon Press, Oxford, 2005, 208 pp.

Una de las preguntas centrales de la epistemología es ¿en virtud de qué factores es posible considerar que una creencia verdadera constituye una instancia de conocimiento? La pregunta remite a la tesis tan vieja como la epistemología misma de que si bien la verdad de una proposición es una condición necesaria para las atribuciones de conocimiento, no es nunca una condición suficiente para ello. La diferencia comúnmente se establece en función de factores vinculados con la racionalidad teórica que son *esencialmente epistémicos*. Dado que uno de los supuestos subyacentes a esta posición dominante es que la racionalidad teórica debe ser guiada por el propósito normativo de descubrir la verdad, los factores que hacen que una creencia verdadera sea conocimiento son aquellos que conducen a la adquisición de creencias verdaderas. Tradicionalmente se ha apelado, por ejemplo, a la relación de la creencia en cuestión con otras creencias

<sup>1</sup> Este trabajo participa en los proyectos HUM2005-03439 y HUM2006-04955, subvencionados por el Ministerio de Ciencia y Tecnología de España.